

## HOMENAJE

*Para construir una genuina universidad*

A semanas de su muerte, la REVISTA UNIVERSITARIA recuerda el discurso del doctor Joaquín Luco en el marco de un Claustro Universitario de 1971. La UC había inaugurado hacía poco una nueva institucionalidad gracias a la Reforma Universitaria y en ese contexto, Luco sugirió jerarquizar las labores y concentrarse en las que constituyen el «meollo» de la universidad: las disciplinas del saber no aplicado. Fue un llamado a dejar la pretensión de esos años y abocarse, primero, a «cuidar que el fuego de este centro cultural no se extinga».

Matías Tagle Domínguez | Facultades de Historia, Geografía y Ciencia Política, y Comunicaciones

¿Cuál es la labor que ha realizado nuestra universidad para tener, sin discusión, esa categoría? ¿En qué etapa de desarrollo se encuentra y qué le falta para convertirse en una verdadera universidad?

Este tipo de preguntas circulaban a fines de la década del sesenta, cuando la UC estrenaba una nueva institucionalidad académica, surgida del proceso de Reforma Universitaria. Uno de los puntos importantes que incluía la Reforma era la reunión periódica de un Claustro Pleno Universitario.<sup>1</sup>

Las discusiones en las sesiones del que se realizó entre el lunes 3 y el viernes 7 de mayo de 1971 estuvieron cargadas de polémica. Ellas eran el reflejo de la otra querrela que, más allá de los claustros universitarios, agitaba a la sociedad chilena en esos años. El propósito de las reuniones era «formular recomendaciones de política universitaria» y, a lo largo de las discusiones de la sesión del Claustro en 1971, se insistió reiteradamente que debía tratarse de recomendaciones «concretas».

Por ello fue sorprendente que al promediar el segundo día de las discusiones, se acercara al podio un personaje de figura algo menuda, calvo,

elegantemente vestido, y con un impertinente chaleco de color escarlata que hacía juego con una corbata humita del mismo color. Se trataba del doctor Joaquín Luco Valenzuela, científico e investigador de renombre internacional, quien había sido elegido por el Instituto de Ciencias Biológicas como su delegado docente.<sup>2</sup> Él quería hacer al Claustro una proposición «concreta» de política universitaria, la que había resumido en una frase: «Hacer de nuestra institución una genuina universidad».

Sin duda la escena resultó algo rara, en medio de las pugnas sesentistas de los diferentes grupos políticos representados en la reunión, de mucho estudiante de pelo largo o *melenudo*, y de las citas vehementes y «sesudas» de autores de moda como Marcuse, Althusser, Hinkelhammert, Harnecker y otros. Pero más sorprendente resultó el fundamento que el doctor Luco hizo, en ese contexto, de su propuesta.

**El saber y el no saber**

A más de treinta años de esa reunión y ante el fallecimiento del doctor Luco en la segunda quincena de julio de 2002, puede resultar interesante la lectura de su discurso. Dijo así:

<sup>1</sup> Éste era: «[U]n órgano de [la] Dirección Superior de la universidad, representativo de toda la comunidad universitaria, que cumple las siguientes funciones:

- »a) Discutir y aprobar la declaración de principios de la universidad, la cual deberá conformarse con el espíritu del estatuto de las universidades católicas chilenas.
- »b) Ratificar el estatuto de la universidad aprobado por el Consejo Superior.
- »c) Oír la cuenta anual del Rector sobre la marcha académica, administrativa y económica de la universidad, la cual deberá ser escrita y documentada, y los objetivos sobre la política universitaria que la rectoría tiene para el futuro próximo.
- »d) Formular recomendaciones de política universitaria, las cuales podrán ser hechas con motivo de la rendición de cuentas del rector o en relación con otras materias». Cfr., «Acuerdo del Consejo Superior que crea el Claustro Universitario. Anexo N° 1», en *Primer Claustro Universitario*, mayo 1971, Universidad Católica de Chile, Santiago, Imprenta de la Universidad Católica de Chile, s.f. (c. 1972), p. 187.

<sup>2</sup> El Claustro era un órgano representativo, que contaba con 313 miembros. Estaba compuesto por los miembros del Consejo Superior de la Universidad –31 personas: el Gran Canciller, el rector, los vicerrectores, los decanos y representantes docentes, los representantes estudiantiles y los representantes administrativos–; los directores de los institutos, escuelas, centros, departamentos especializados y directores de las sedes de Talca, Concepción, Temuco y Villarrica –44 académicos–; delegados docentes especialmente elegidos para el efecto de esos mismos institutos, escuelas, centros, departamentos y sedes provinciales –40 académicos–; 202 representantes del estamento académico, 67 representantes del estamento estudiantil y 30 representantes del estamento administrativo. A estos se sumaban 12 representantes del episcopado nacional, designados por su Comité Permanente.



«Perdonen lo exiguo de mi cabellera. Perdonen que en mi hablar no sea esnobista. Perdonen que no me vaya a referir al proyecto histórico. Perdonen que no pertenezca a ningún partido político. Perdonen que nunca haya asistido a un partido de fútbol. Perdonen que no sea miembro de ninguna de las cuatro listas.<sup>3</sup> Perdonen que haya sido elegido representante del Instituto de Biología con más de 50 votos contra 5 ó 6 que obtuvo Mr. White. Por último, perdonen que no acepte un postulado que tácitamente parece haber sido aceptado.

»El postulado dice: nuestra institución es una universidad. Yo me pregunto: ¿Cuál es la labor que ella ha realizado que le permita sin discusión llevar el nombre de tal? En su desarrollo, ¿qué etapa hace a un ser indiscutible llamarse así? ¿Está ella todavía en la etapa embriogenética o está a la altura de un niño recién nacido? ¿Cuánto ha sido el aporte que ella ha entregado al saber ecuménico o, más restringido, al saber de nuestro propio continente o terruño? La administración no tiene obligación de incrementar el saber; debe dar los medios y favorecer el ambiente que permita ese hacer. Los empleados y obreros colaboran y son indispensables en la función de encontrar lo nuevo. Los alumnos más jóvenes aportan la

preocupación naíf, que muchas veces es indispensable en la labor creativa. Los alumnos más avanzados, algunos de ellos colaboran en este tipo de trabajo académico. Mas son los profesores y docentes los que tienen la obligación de hacer del saber un saber más y mejor. Sé muy bien que de hecho en ninguna universidad todos los docentes son investigadores, artistas, literatos o filósofos. En casi todas las universidades hay escuelas profesionales –escuelas tecnológicas– donde se enseña el conocimiento aplicado y algunos docentes de estas escuelas pueden no dedicarse necesariamente a la búsqueda de la verdad.

»Distinto es el caso del profesor que se dedica a disciplinas del saber no aplicado. Disciplinas que constituyen el meollo de cualquier universidad engastada en cualquier sistema político-socio-económico. Disciplinas que requieren como hábitat la presencia del hombre en un lugar donde el saber se imbrica con el no saber, un *donde* que nunca está en el mismo lugar, que cada noche que se hace día ocupa una órbita más alejada, gracias a que el hombre que habita en el nicho de las ciencias o de las artes le imprime el carácter evolutivo. El hombre que hace el hábitat de las ciencias o de las artes es el más genuino hacedor de la universidad.

»Mi sincero propósito cuando ingresé a esta institución fue transformar la casa de «Don Carlos»<sup>4</sup> en una universidad. En pocos años más, cuando me retire, se podrá evaluar mi labor, pero no permito que se discuta mi intención.

»Se ha hablado demasiado de nuestra obligación de cambiar o transformar al hombre y se ha hecho referencia a muchas otras pretensiones pretenciosas.

»¿Podemos cambiar al hombre? ¿Podremos nosotros transformarlo cuando no hemos podido todavía crear una universidad de la calidad que debería ser?

<sup>3</sup> Los representantes docentes habían sido elegidos de entre cuatro listas, cuyos nombres eran: Frente Cristiano de la Reforma, Frente Académico Independiente, Frente Académico Progresista y Lista de Medicina.

«Mi intención es hacer un alto e invitarlos a pensar sobre la necesidad de asegurar el ser universidad, antes que pedirle a ésta que entregue a la sociedad chilena lo que por no ser no puede dar.»

### Un cierto umbral en la escala de valores

»De niño un profesor me enseñó que el versículo 27 del capítulo 1º del Génesis dice: «Y creó Dios al hombre a imagen suya; a imagen de Dios lo creó; varón y mujer lo creó».

»¿No es entonces demasiado pretencioso que el hombre quiera cambiar al hombre?

»¿No es ilógico que sin que se cambie a Dios se pueda transformar al hombre?

»Quizá se puede cambiar sólo aspectos desvirtuales del hombre; un cambio, aunque superficial, puede ser pragmáticamente muy importante.

»Veo difícil que en la corta vida productiva del hombre se pueda realizar una obra de calidad científica o artística simultáneamente con una obra tan inmensa como cambiar al hombre u otra de esa categoría. No podremos hacer las dos actividades a la vez. Debemos elegir una u otra para alcanzar un cierto umbral en la escala de valores, o no lo alcanzaremos nunca. De más está decir que en la aplicación de este esquema la situación no es tan rígida frente a mis alumnos. Yo no he pretendido entregarles mis aportes científicos; he querido que ellos aprehendan el cómo los adquirir. Ese cómo les podría ser útil en la conducta que asuman en la vida civil.

»Mi intención es hacer un alto e invitarlos a pensar sobre la necesidad de asegurar el ser universidad, antes que pedirle a ésta que entregue a la sociedad chilena lo que por no ser no puede dar.

»Yo les pregunto a los académicos del Claustro, a todos y a cada uno, ¿qué aportes hemos hecho en ciencia o bellas artes que hayan llegado al meollo de la universidad y, por ende, a construir su progreso?

»Si ustedes también creen que esta labor ha sido insuficiente, tomémosla como un proyecto y, por lo menos algunos académicos, dediquémonos a ello, aunque sea necesario encerrarse durante el trabajo en una torre de marfil. Sé que se teme a la torre de marfil, y pienso que se teme porque desde ahí puede salir un verbo con sabiduría. Sé que los

que habitan la torre nunca aceptarán ser *kolinosistas*.

»De todo lo que ayer oí, hay una cosa que especialmente me llamó la atención, quizá la más profunda de todas. La hizo un hombre que salía de una torre de marfil, veinte años encerrado en ella con Descartes.

»Llevo más de 40 años trabajando en esta universidad. He tenido tres grandes jefes: don Carlos I y Único, don Alfredo I y Último, y don Fernando, el monarca de mirada mesiánica, plétórico de emociones, diestro en el manejo de los hombres y realizador de muchas cosas y, como *errare humanum est*, algunas de ellas fuertemente criticadas por grupos universitarios. Siempre se ha comprendido qué significado puede tener para la Universidad Católica el dedicarse a la investigación científica.<sup>5</sup>


»Soy optimista. Pero es necesario dar jerarquía a todas las labores que hoy ha tomado a su cargo la universidad, ya que de otro modo diluiremos el tiempo dedicado al trabajo académico y nuestra capacidad de llegar a valores de calidad.

»Que sea nuestra primera preocupación alimentar la glándula pineal de Descartes, ahí donde habita el alma de la universidad.

»No seamos pretenciosos. Con o sin la colaboración de la Universidad Católica, Chile y toda América Latina tendrán nuevas estructuras socio-económicas.

»¿No es acaso mejor que algunos se dediquen a cuidar que el fuego de este centro cultural no se extinga, para que cuando las estructuras nuevas se logren, nosotros podamos ofrecer nuestra colaboración de una universidad de alta calidad?

»Muchas gracias.»<sup>6</sup>

Además de interesante, la fundamentación de la propuesta «concreta» de política universitaria que el doctor Joaquín Luco V. hacía en 1971 resulta sorprendentemente actual. La situación de hoy parece darle la razón: es necesario seguir conviviendo con Descartes. 

4 Se refiere a Monseñor Carlos Casanueva, quien ejercía como rector cuando el doctor Luco ingresó como docente.

5 Se refiere a los rectores Mons. Carlos Casanueva Opazo (1920-1953), Mons. Alfredo Silva Santiago (1953-1967) y Fernando Castillo Velasco (1967-1973).

6 Véase *ibid.*, pp. 116 a 118.